

LA VENDA QUE CAE

Primavera Bandini

La niña de los ojos vendados lloraba.

Su caminar ciego había terminado con su frente golpeando una de las esquinas de la mesa del comedor. Sentada en el suelo, con los brazos caídos como cataratas de piel, berreaba sin cesar. Fue el padre el primero en acudir a sus lamentos e intentar tranquilizarla. Instantes después, la madre se sumó a sus vanos esfuerzos. Ambos intercambiaron una mirada rota. El padre intentó quitarle la venda de los ojos a su hija, pero la pequeña le apartó la mano de malas maneras al notar el roce de sus dedos en las mejillas.

—Cariño, quítate la venda, no seas tonta —dijo la madre.

—No —contestó la niña con un alarido quebrado entre tanto llanto.

La niña hacía tiempo que había dejado de preguntar. Estaba cansada de obtener siempre la misma respuesta. Además, aquella palabra extraña, *divorcio*, no le servía para explicarse porqué papá dormía en el sofá, porqué mamá cenaba sola en la cocina, porqué en los partidos de fútbol mamá se sentaba en las gradas y papá los veía de pie en el otro extremo del campo. Debía ser una palabra maligna, ese atajo de íes y oes. Quizás *divorcio* era otro de los monstruos que moraban bajo su cama. Pero lo que más odiaba de ella -por primera vez la niña entendió el poder de las palabras, seres invisibles con poder de destrucción ilimitado- era que la obligaba a elegir. No era lo mismo escoger entre los dibujos animados de la televisión o los de Youtube a escoger entre mamá o papá. Esa pregunta le dolía tanto como cuando el dentista se empeñaba en robarle sus preciosos dientes. Le costaba respirar cuando el eco del dilema retumbaba en su cabeza, inmisericorde, portador de insomnio. No había respuesta correcta. No había posibilidad

de elegir bien entre mamá y papá, tampoco mal. No había manera de que de los labios de aquella niña emanara una respuesta justa.

Justicia.

Otra palabra colosal para ella. Una montaña de hielo azotada por vientos del norte. La buscó por Internet en el ordenador del colegio, mientras el resto de compañeros de clase jugaban en el recreo. Sus risas eran un sonido lejano pero incesante, como el rumor de un río orgulloso tras el deshielo. En el ordenador, la imagen de una mujer con una espada en una mano y una balanza en la otra. También llevaba los ojos vendados. A la niña le pareció bella, aquella estatua. Un faro al que clavar los ojos durante la tempestad. No tenía espada ni balanza, pero sí podía usar un trapo para vendarse los ojos como ella. Quizás viviendo en la oscuridad, como la justicia, se dibujaría por sí sola una respuesta justa a la más injusta de las preguntas. Papá sobre mamá. Mamá sobre papá. Pronto lo sabría, pensó ilusionada, y se libraría de aquella pesadez en el pecho. Quiso sonreír, pero no supo.

Al llegar a casa, cogió un trapo de cocina y, frente al espejo, se lo puso sobre los ojos, lo llevó hasta la parte posterior de su cabeza y allí hizo un nudo que apresó su melena y sus pensamientos. A tientas, resiguiendo con la yema de sus dedos las paredes del pasillo, fue hasta su habitación. Allí se encerró con la luz apagada, sumando una nueva capa de oscuridad a su mundo. Así debía sentirme en el vientre de mamá, pensó.

Largo rato estuvo esperando a que la gran pregunta se respondiera sola. No fue así. Seguía sin poder elegir entre papá o mamá. A lo mejor la venda en los ojos necesitaba más tiempo para obrar su magia. Le inquietaba que, aprovechando su ceguera temporal, los monstruos de debajo de la cama decidieran salir de su escondrijo y devorarla con sus fauces de sombra. Finalmente decidió salir de la habitación e ir al comedor para ver -escuchar, más bien- dibujos animados en la televisión. Recorrió de vuelta el pasillo, acariciando sus paredes. El padre estaba encerrado en su despacho. Atendía llamadas de voces hambrientas de dinero. La madre leía un libro en la terraza de la casa. Las vidas de tinta la ayudaban a aislarse de la suya propia. Cuando entró en el comedor, la niña desvió sus pasos sin querer hacia la derecha y, con los brazos tendidos a la nada, fue a cabecear una esquina de la gran mesa que regentaba la sala. Empezó a llorar.

El padre y la madre se quedaron sentados junta a ella, uno a cada lado, como centinelas. Los llantos fueron menguados hasta convertirse en un lamento trémulo. Cuando dejó de llover en su rostro, decepcionada por aquel trapo que no la convirtió en dama infalible de la justicia, la niña se liberó los ojos. Los primeros segundos su campo de visión fue borroso. Una infinidad de diminutas manchas negras aparecían y desaparecían por todos los rincones. Cuando sus ojos

se acostumbraron a su excarcelación, la niña miró a sus padres. Quería hablar, pero de nuevo las palabras eran demasiado grandes y no podían trepar por su garganta. Los abrazó.

Tras unos primeros momentos de confusión, el padre y la madre respondieron al abrazo y los tres se fundieron en uno. Hacía meses que papá y mamá no se querían, pensó la niña sin saber que aquel era un gesto de amor cuyo delta era solo ella. En su mano derecha no tenía una espada, pero sí a su madre. En la mano izquierda no tenía una balanza, pero sí a su padre. No le hacía falta la venda esta vez, porque ahora cerraba los ojos e imaginaba una tregua en el inexorable avanzar del tiempo que convirtiera aquel abrazo en una eternidad.

Pequeña, se sintió enorme. Mucho más que las palabras que tanto la habían acongojado esas últimas semanas.

Fue aquella la primera vez en su vida que comprendió que la justicia no es una decisión que emerja de la nada, sino un corazón que late en la verdad del todo. Ella, colina entre el macizo de sus padres, lo tradujo con mucha más simpleza: justicia no es elegir a mamá o a papá, justicia es mamá y papá abrazando mi herida.

Los monstruos, debajo de la cama, sonrieron por ella.